

# Delirio de grandeza

*Andrés Felipe Sánchez Vargas\**

*Os hablo con intrépido corazón –lo sabéis muy bien–  
me da igual que queráis elogiar o condenar mis actos.*

Desde muy joven había contemplado la posibilidad de ser digna merecedora de la admiración de todos, absolutamente todos. Simbolizarme como alguien importante no me incomodaba y sólo iba a lograrlo con gran determinación. Deseaba que los escritores evocaran mi nombre en sus grandes obras para persistir en el tiempo, perpetuarme en el existir de las generaciones, y eternizarme en los anaqueles de la historia. Sin embargo, era consciente de mi situación actual, pues no se me permitía tomar decisiones trascendentales, aunque pertenecía a un círculo privilegiado.

Si bien mi infancia estuvo llena de momentos idílicos entre muñecas de trapo y juegos de jardín con mis hermanos; al crecer, aquellos hermosos recuerdos, prolijos, insignificantes, dejaron de tener algún significado. En mi caso, podría especularse que esa felicidad efímera se debía al vínculo pasajero que tuve con mi madre. Ella jamás se preocupó por las angustias de mi alma; tampoco le interesó tratarme con delicadeza o tacto, como si en mi pecho se alojara la culpa de la misma existencia.

En mi adolescencia me destacué por ser inteligente, diestra y capacitada para las labores manuales y artísticas. Consumaba arreglos florales con los más primorosos detalles. Era considerada el encanto de la familia. Cantaba las más bellas odas con tal deleite y tal tono elevado de voz, que estoy segura, hubiese embriagado de exquisitez

\* Corporación Universitaria Minuto de Dios-UNIMINUTO. Correo electrónico: [andres.sanchezv@uniminuto.edu] / ORCID: [https://orcid.org/0000-0002-7909-6812].

a cualquier compositor lírico; practicaba con perseverancia las dedicadas a las magnánimas diosas, a las epopeyas de los héroes, y a las proezas de las grandiosas amazonas... pero mi maestra, admiradora de la maravillosa Safo, insistía en que debía acudir a otro tipo de composiciones poéticas dedicadas a las aventuras y al frenesí de los amantes, y, por supuesto, al éxtasis del amor. Con perspicacia trataba de guiarme para aceptar estos temas —que según su criterio— serían perfectos para la ternura de mi voz y causarían emoción a quienes me escucharan. La increpé con odio, no quería que se proyectara en mí; le dije que su petición no sería posible porque yo había nacido para ser alguien más. Mis capacidades debían usarse para alcanzar la grandeza eterna, y no en fugaz anhelo para el deleite de los demás.

Recuerdo que fueron varias las noches en las que desperté alterada y absorta por el mismo sueño: en él era la hija de un dios y mi nacimiento resultó de un huevo que mi madre dio a luz. ¿Sería esto un presagio de vidas pasadas o eventos venideros? ¿Sería posible que fuese un ser sobrenatural y por eso no me conformaba con mi vida mundana? Desde la penumbra —sudorosa, palpitante— interioricé en lo más profundo de mi corazón este sueño de grandeza. Con risa nerviosa forjé un maravilloso colofón: el mundo debía inclinarse a mis pies, a los pies de la hija de un dios; las personas debían adorarme, ¡tenían que idolatrarme! Aquellos derechos me eran propios y nadie debía arrebatármelos.

El tiempo transcurrió. Algunos de mis más recónditos deseos habían sido alcanzados. Ahora era una mujer respetada, reverenciada, pero no endiosada. Esta situación me indignaba porque aún no ostentaba el poder suficiente para que los hombres se inclinaran ante mi presencia; aunque —debo decirlo— podía presumir de un magnánimo esposo con quien había engendrado a cuatro adorables hijos, dos hombres y dos mujeres. A ellos solían llamarlos príncipes. Con sus algarabías alegraban los corredores de palacio. Podría decirse que era feliz, que sentía culminadas todas aquellas acciones que había cimentado a lo largo de mi vida para poder tener lo que merecía, que mis profundos vacíos ahora estaban colmados.

Una supuesta calma resguardó los siguientes años de mi vida.

Mi nuevo ser procuró toda su atención en mi hija a quien solían llamar la sublime, la encantadora, ¡la de fuerte linaje! Quienes gozaban de su presencia la comparaban con primorosas divinidades. Decían que tan agraciada hermosura debía ser un halago para Artemisa, Atenea, e incluso la soberana Hera. Alguna vez se rumoró que pretendían sacrificarla en honor a la primera diosa. Jamás pudo confrontarse la veracidad de aquella historia.

Esta desgracia, sumada al dolor que me causó el día en que mi esposo marchó a la guerra, quebrantó una vez más mi paz y serenidad. Fueron muchas las ocasiones en las que pude apreciar el vasto horizonte, delgada línea que separa el cielo y el agua, y en la que confluyen, sin mezclarse, dos azules perfectos que respetan sus diferentes naturalezas. A mi parecer, esa sutil e impalpable línea me indicaba cuáles eran los dos diferentes destinos que todo ser humano debía elegir en su vida: estar en la cima o ser un vasallo, inclinarse o ser alabado. Debo admitir que prefería compararme con el firmamento; pues, aunque a simple vista pareciese igual al mar, la línea siempre estaba allí, quieta, inamovible. En su infinita sensatez el universo delimitaba la jerarquía que existe entre Urano y Océano.

Horas y horas me deleitaban estos raciocinios que, desde la ventana de la habitación y perdida en la inmensidad del paisaje, me ayudaban a recordar la posición que debía tomar en este mundo. No podía continuar aferrada a la imagen de mi esposo; al glorificar su nombre, sólo conseguía seguir viviendo bajo su sombra. Mientras él tuviese un lugar privilegiado cual frondoso árbol, yo me marchitaría cual hoja cae de sus ramas. Así, la distancia y el tiempo fueron los más grandes alicientes para alejarme de su amor, de sus afectos, y me encaminaron a envidiarle sus grandes hazañas, su voz de mando, su capacidad para doblegar la voluntad de todos.

¿Cómo alcanzar semejante majestuosidad? ¿Cómo conquistar el poder? ¿Qué plan debía maquinarse para llegar al culmen de lo que me había propuesto? La ira que me causaban estas preguntas terminaba en repetidas ocasiones con gritos eufóricos, algún vaso estrellado contra la pared o profundas lágrimas que se mezclaban entre los

fragmentos de cristal esparcidos en la habitación. Llegué a considerar que la grandeza que tanto ansiaba me era esquiva. Me indignaba no ostentar un poder propio, ni demostrar toda mi suntuosidad y magnificencia.

Después de la exaltación aclaraba estas ideas mientras me despojaba de la túnica y las sandalias en el regazo de la cama. Con los dedos de ambas manos masajeara los costados de la frente mientras me cuestionaba en silencio si debía participar en la guerra. Me insistía que también podía realizar grandes hazañas, y que podía proclamar mi nombre en la eternidad blandiendo espada. Idealizaba —codiciaba— que el bronce embebido en sangre manifestase todos los oponentes derrotados, y los ejércitos tuviesen que aceptar mi gloria.

Luego la realidad llegaba a mí de golpe, las leyes escritas por los hombres jamás permitirían tales gestas y aventuras. Aquella noche, con la cabeza en la almohada y los ojos fijos en la pared, recordé aquel héroe griego que prefirió una vida corta y gloriosa a una vida larga e insignificante según lo auguró el oráculo. Me cuestioné por qué no podía ser igual a él; y con esto mi corazón empezó a palpitar delirante, agitado.

Junto a éstos, muchos eran los pensamientos que rondaban mi cabeza haciéndome desvariar con delirios de suntuosidad y grandeza, cual héroe de Troya, que regresando victorioso de su viaje, moldea su nombre como testimonio histórico por su valor, su gallardía y su coraje. También especulaba cómo los aedos, acompañándose de un instrumento musical, cantarían armoniosas epopeyas en honor a mí, su reina; calificativo que tenía que ser uno de los más importantes que jamás se hubiese escuchado en Micenas y el resto del mundo. En esas noches, mientras perdía la batalla contra Morfeo y me entregaba con ternura a sus brazos, repetía mi nombre tantas veces creyera necesario para enaltecerlo de solemnidad.

Diez años pasaron. La polémica intervención bélica había concluido: botines repartidos, esclavas entregadas, vestigios combatientes marcados. Mi alma se fragmentó, sentí cómo una gran agitación que me oprimía el pecho intentaba con desespero disipar todas mis dudas, mandarme desbocada y con locura para quitar de en medio

a mi opresor. El momento que siempre esperé por fin había llegado. Pero no podía sólo arrojarme sobre él y clavar la daga con precisión. ¿O sí? ¿Qué me impedía hacerlo? ¿Acaso no había llegado el momento de alcanzar mi grandeza?

Sigilosa me acerqué al lugar donde él tomaba un baño. Anhelaba gobernar, no ser gobernada. Toda mi vida me rehusé a ser admirada como la dádiva que los dioses otorgan a un mortal. Lo que sí ambicionaba era la embriagante satisfacción de escuchar mi nombre entre elogios y clamores que la multitud gritaría llena de júbilo.

Aún absorta con estas adulaciones que retumbaban en mi mente, distinguí el llanto de mi hija Electra que reclamaba por mi acto. Estupefacta entendió que tres golpes bastaron para que el rey de hombres, el de vasto poder, yaciera muerto bajo las manos firmes que aún empuñaban el arma, que su pecho esculpido por daga de mujer era el retrato trágico de mi merecida majestuosidad.

Este es Agamenón, cadáver ya, mi esposo,  
muerto a golpes de mi mano,  
digna obra de un experto artista.

Fecha de recepción: 12/01/23  
Fecha de aceptación: 04/07/23